

Luce Fabbri

**El camino: Hacia un
socialismo sin Estado**

1952

Índice general

Prólogo a la primer edición	3
Justificación	3
De ayer a hoy	5
Hoy	11
Socialismo sin Estado	24
Antecedentes y posibilidades	27

Prólogo a la primer edición

En todos los rincones del mundo se ven chocar las consignas simplistas y falaces que lanzan los gobiernos empeñados en ganar el apoyo popular para la causa militar de la U.R.S.S. o de los EE.UU. La rivalidad entre los dos bloques ya está costando miles de vidas en Corea; uno y otro bando quieren justificar esta matanza y preparar un clima favorable para la guerra total; la propaganda belicista no descansa un momento; este mismo estado de «guerra fría», o de guerra parcial, da pretexto a continuos retaceos de la libertad, incrementando la opresión estatal, que ya viene mostrando, tanto en «Oriente» como en «Occidente», que es el principal enemigo de una vida digna. Hay urgencia, pues, en llegar hasta los que no quieren permanecer indiferentes con un planteo que ayude a ver claro, a orientarse, para hacer mas eficientes todos los esfuerzos de resistencia creadora.

Entendiendo que el presente trabajo de Luce Fabbri es útil auxiliar en el cumplimiento de este deber ineludible, juventudes Libertarias considero oportuno editarlo, para lo cual ha sido traducido del original en italiano que se titulo “La Strada” y apareció a comienzos de este año, con el sello de Edizioni Studi Sociali.

Juventudes Libertarias del Uruguay Montevideo, septiembre de 1952

Justificación

Hay grupos, movimientos, tendencias, partidos. Son creaciones algo artificiales, pero cómodas para la acción, para sumar útilmente esfuerzos que persiguen objetivos similares; y en el seno de estas se crea una especial atmósfera colectiva, una solidaridad especial que acerca el hombre al hombre mas íntimamente de lo que pudiera hacerlo el simple calor de la común condición humana. Algunos partidarios se han vuelto prisiones, otros iglesias; casi todos han tomado el carácter de ejércitos, y, surgidos de una común aspiración ideal, tienden a sustituir las ideas por palabras de orden y no contar a los hombres, sino a los votos, los carnets, o los fusiles. Tales son los partidos organizados para la conquista del poder. Hay además tendencias filosóficas, movimientos literarios, cuyo elemento cohesivo es tenue, impalpable y completamente espontáneo. Su objetivo esta fuera del campo material.

El movimiento anarquista, esto es, el conjunto de los individuos que quieren el máximo desarrollo de la persona humana en el seno de las comunidades creadas por el esfuerzo solidario y el libre acuerdo, sin Estado, sin dogmas y sin privilegios, tiene un objetivo practico y político (y, respecto a este objetivo, es —en su sector mas importante— un movimiento organizado), pero no tiene la conquista del poder, sino a la creación de muchísimas cosas y a la destrucción de muchísimas

otras, en los mas variados aspectos, materiales y espirituales, de la vida. Esto hace que ni siquiera su parte organizada tenga un verdadero carácter de partido: ni carnets, ni votos, ni palabras de orden. Y entonces la gente, que frecuentemente se pregunta: ¿Qué quieren los anarquistas?, y desea una respuesta clara y concisa de catecismo, queda desorientada y se alza de hombros.

Por esto, de tiempo en tiempo es necesario dar una definición. Las hubo y las hay, pero, aunque el anarquismo es una actitud permanente y, en el fondo, elemental del alma humana, su definición debe ser dada, momento por momento, en función de los caracteres de tal momento (las construcciones abstractas y fuera del tiempo, como la de Rousseau y —pese a su apariencia historicista— el marxismo, siempre han llevado a la dictadura); y debe ser dada además en función del individuo que la elabore. Sobre este terreno, se pueden conciliar muy bien las dos diversas interpretaciones del anarquismo, por una parte como una constante del pensamiento y de la moral (y, como tal, existente en los mas lejanos periodos históricos) y por otra como movimiento organizado que se desprende como una rama del gran tronco del movimiento socialista y obrero del siglo XIX. La polémica, surgida en estos últimos tiempos a propósito de Godwin, podría haber surgido a propósito de muchos otros escritores anteriores a Bakunin, y ha sido benéfica. Pero no hay razón a mi parecer de prolongarla demasiado, ya que creo habrá que terminar por reconocer que la palabra “anarquismo”, como “humanismo”, “romanticismo” y muchas otras, tiene un significado amplio y de valor permanente, y una o mas localizaciones históricas que, por otra parte, no agotan su contenido.

El elemento individual esta siempre presente en una formulación de este tipo: en realidad, cada uno tiene su socialismo, su catolicismo, su liberalismo o su manera privada y sus particulares motivos para ser, pongamos, monárquico. Pero la diferencia esta en el hecho de que mientras las iglesias y los partidos ponen su acento sobre la etiqueta común, tratando de dejar en la sombra las raíces personales, un anarquista no tiene necesidad alguna de etiquetas y sin inconveniente puede definir el anarquismo comenzando: yo pienso así, ya que la esencia de este pensamiento es justamente el deseo de liberación y afirmación para todos de aquel elemento individual, que se afirma sin embargo y aun se refuerza a través de la colaboración solidaria con los demás.

Me interesaba hacer preceder estas líneas a mi tentativa de exposición de la doctrina anarquista, la de siempre, la de todos, pero vista y sentida como necesaria por mí, y en este particular periodo que atravesamos, porque no quiero que se interprete lo que pueda haber en ella de personal como deseo de afirmación polémica. En la construcción de mi sistema de ideas, en este momento el anarquismo se coloca en la confluencia de la tradición liberal y de la tradición socialista. Hay en las dos experiencias históricas del liberalismo y del socialismo un elemento

negativo (estatal para el segundo, capitalista para el primero) que ha desembocado en el fracaso de las democracias burguesas y del variado socialismo de Estado; y hay un elemento positivo que no ha sido agotado por la historia reciente y que se presenta hoy (o se me presenta) como la conclusión lógica de dos siglos de lucha, entusiasmos y desilusiones.

Otros podrán llegar a resultados similares (y es más: llegan) a través de síntesis diferentes y diferentes experiencias; pero cada uno de nosotros para “hacer propaganda” no puede sino ofrecer su propia síntesis y su propia experiencia. Mejor dicho: la propaganda no es más que esta oferta, y despierta tanto mayores asentimientos, cuanto mas difundidos y generales sean —en el momento— los datos y las premisas que constituyen el contenido de la experiencia misma.

Tratando de trazar esta visión mía del anarquismo de hoy (visión que creo coincidía en su mayor parte con la de muchos compañeros de ideas, por lo menos en la medida incompleta en que un mismo momento coinciden los campos visuales de personas suficientemente vecinas) por fuerza deberé repetir cosas ya dichas otras veces. Y me excuso de hacerlo, aunque no mucho, ya que una idea, como una palabra, aun quedando idéntica así misma, toma un valor preciso —y siempre un poco diferente— al relacionarse con otras ideas a las que esta lógicamente ligada.

De ayer a hoy

En el siglo pasado el socialismo surgió como una exigencia de justicia contra la explotación de las fuerzas del trabajo por parte del capitalismo privado, ávido de beneficios. El Estado defendió la propiedad (propiedad, orden, familia, eran las palabras de orden de los jefes de policía) contra el socialismo naciente y el joven movimiento obrero. El mes de junio de 1848 en Francia fue el punto de divergencia de los dos caminos: el de la burguesía —que había triunfado en la Revolución Francesa y cuyas románticas banderas con las mágicas palabras “Igualdad, Libertad, Fraternidad”, se arrugaban y perdían sus colores en el humo de las chimeneas industriales—, y la del proletariado que veía en el movimiento de 1789 no una conquista ya realizada, sino una premisa lógica para conquistas ulteriores. Los fusiles de Cavaignac, apuntados al pecho de los obreros de París, defendían la propiedad contra el avance del socialismo. El socialismo, por su parte, luchaba simple y globalmente contra el gobierno y los patrones. Si bien es cierto que algunos teóricos socialistas habían pensado en una especie de dictadura y hasta en algo parecido a una teocracia, para imponer el bienestar universal, por el momento este problema era académico. Todos los gobiernos estaban contra el socialismo; el socialismo estaba objetivamente contra todos los gobiernos. Su arma era la revolución, concebida como una continuación de la Francesa del 89.

“Vendrá el 89” era expresión de uso común; mucho después se dirá “Vendrá Lenin”, con tono análogo).

El que entonces vino fue Marx, que, estudiando la estructura del mundo capitalista, encontró en ella gérmenes de muerte y describió el proceso de su enfermedad fatal. Y, como consecuencia, el socialismo se transformó, de aspiración liberadora, en una interpretación más o menos determinista de la historia.

Pero Marx se equivocó en la segunda parte de su diagnóstico, cuando dijo —y todos lo aceptaron— que la muerte del capitalismo privado significaba el triunfo del socialismo. Esta falsa previsión derivaba de la función central que desempeñaba en el sistema de Marx el factor económico y de la sobreestimación que en él se hacía de la importancia de las clases.

Uno y otro criterio fueron aceptados por todos o casi todos los socialistas de las diversas tendencias, pues no solo constituían una reacción natural contra el liberalismo burgués, sino que respondían a los aspectos más visibles de condiciones de hecho que duraron bastante tiempo como para esconder su efectivo carácter transitorio.

Pero no todos, no siquiera entonces, aceptaron los desarrollos marxistas de esta teoría: el Estado es la expresión de la clase privilegiada; el proletariado, construyendo —a través de su propia dictadura— el socialismo (que es por definición una sociedad sin clases) se niega a sí mismo como clase y, destruyendo las clases, destruye al Estado. Esta es evidentemente la afirmación más utópica que jamás se haya hecho en el campo socialista. La divergencia entre Marx y Bakunin, continuada a través de la escisión de la 1ª Internacional, tiene por centro este problema. Bakunin describe proféticamente, hablando de la dictadura del proletariado, el Estado totalitario moderno.

Frente al socialismo científico, la corriente bakuniniana pareció “fuera de moda” por el hecho de conservar las características y —en parte— el vocabulario del socialismo sin adjetivos de amplia base popular, y de continuar combatiendo “contra el gobierno y los patrones”. Pero los hechos hoy han revelado a todos el carácter utópico de la teoría de la autodestrucción del Estado. Todos los socialistas, más o menos abiertamente, se han resignado a reconocerlo; desde el punto de partida de este tácito reconocimiento se ramifican las derivaciones actuales del socialismo tradicional: la que introduce el socialismo en el Estado democrático (socialdemocracia); la que acepta la dictadura como sistema permanente conservando alguna ocasional reserva teórica, enunciada por deber de oficio y sin convicción a propósito del socialismo del año 2000 (stalinismo); y, en fin, la que quiere realizar el socialismo fuera del Estado y contra el (anarquismo).

Las experiencias de las dos primeras de estas corrientes en el campo gubernativo han ayudado a disipar un equivoco natural en el siglo pasado, periodo de

relativa estabilidad, en el cual los poderes constituidos eran, según la normalidad histórica, los defensores del orden existente. Entonces no existían ni eran concebibles, Ministros del Interior socialistas, que durante una huelga pudiesen dirigirse a los huelguistas en la doble calidad de compañeros suyos de partido y de superiores jerárquicos del Jefe de Policía, encargado de defender las fábricas contra posibles tentativas de ocupación. No había ningún “Estado Socialista” con una G.P.U. (o N.K.V.D. o cualquier otra sigla), también ella “socialista” y encargada esencialmente de eliminar a socialistas.

Los desarrollos naturales de la dictadura han llevado a la corriente bolchevique, no al socialismo, sino al totalitarismo; la crisis mortal del sistema capitalista (al cual la democracia burguesa esta demasiado ligada), lleva a la socialdemocracia al mismo camino.

Ambas tendencias han salido del campo del socialismo. Y he aquí que si quiere sobrevivir (y las esperanzas de las grandes multitudes nos dicen que no está muerto), el socialismo se vuelve a encontrar en la vieja posición: contra el gobierno y los patrones. Muy pronto en muchos países —como ya en algunos— la fórmula podrá simplificarse mas todavía y será: contra el gobierno patrón. Este retorno, que quiere decir que el socialismo supérstite esta representado por la tercera de las tendencias enumeradas, la anarquista, no anula, ni siquiera ideológicamente, un siglo de historia, sino que atesora sus enseñanzas, ya que representa la superación de pseudo-soluciones fracasadas, y no, como en el socialismo del periodo de los orígenes, una visión demasiado nebulosa, o una ignorancia total, de los problemas futuros. Estos problemas han sido ahora iluminados por la dialéctica de la historia —que no es marxista— con tal fuerza de evidencia que la exigencia de una clarificación se hace sentir cada vez mas urgentemente en los distintos partidos socialistas y comunistas, con un trágico resultado de escisiones y purgas.

Creo pues que el periodo del predominio marxista (vinculado doctrinariamente con el apogeo capitalista) esta ya lógicamente superado en el campo socialista. Fracasado el socialismo estatal en el totalitarismo sangriento de Stalin y en la licuefacción de los partidos social-demócratas occidentales, tironeados entre la izquierda y la derecha, después de haber perdido por los ministerios la justicia social y el internacionalismo, no queda —repito— en el horizonte de las posibilidades lógicas, mas que el socialismo antiestatal con su debilidad numérica y su fuerza moral, justamente en el momento en que el viejo enemigo de la libertad, el Estado, se esta identificando con el viejo enemigo del socialismo: la explotación capitalista.

Todos nuestros conceptos sobre el desarrollo de la historia se encuentran en crisis. La vida se desliza por entre las mallas de las construcciones teóricas, escapa a las clasificaciones y niega a cada paso las generalizaciones y las síntesis. Sentir esta multiplicidad, significa sentir el valor que para la vida tiene la libertad (que

hace posible la variedad infinita). El reconocimiento, el respeto de esta variedad es la verdadera senda del liberalismo. Digo liberalismo y no democracia: esta última es dominio de la mayoría, mientras el primero es esencialmente respeto por la minoría, valorización del individuo (microcosmos que refleja en sí la dignidad del macrocosmos), esfuerzo por dejar a cada uno la máxima posibilidad de desarrollo, de autodeterminación, de iniciativa —esto es: de responsabilidad—, conciliando estas posibilidades con las necesidades colectivas por medio de la descentralización y las múltiples autonomías. Los jacobinos eran democráticos y dictadores; Jefferson era democrático y liberal. Este dualismo y esta diferencia están en las raíces de la lucha de Artigas contra la oligarquía porteña.

El liberalismo solo tuvo aplicaciones prácticas parciales y un desarrollo trunco como doctrina. En las corrientes y en los sistemas que llevan su nombre fue en el mejor de los casos incompleto, pero con más frecuencia sencillamente hipócrita y falso, cuando reclamaba para el individuo la libertad jurídica y no la libertad real. Hoy existe acuerdo casi unánime en admitir que una libertad real no es posible en tanto exista predominio económico de unos hombres sobre otros. La riqueza privada, que no es nunca, ni siquiera desde un punto de vista individual, instrumento de liberación, es siempre, en cambio, instrumento de opresión. En este terreno el liberalismo, si es que debe llegar a sus consecuencias lógicas, a su completa expresión, confluye con el socialismo. La pretendida antinomia (que algunos socialistas liberales italianos se han esforzado por superar con tentativas de “conciliación”, tratando por ejemplo de establecer un *modus vivendi* entre un sector planificado de la sociedad y un sector libre) es una consecuencia de la contraposición tradicional entre socialismo e “individualismo” capitalista, basada a su vez sobre la arbitraria identificación (legítima solo, y aun parcialmente, en un determinado momento histórico) entre el mal llamado liberalismo económico y el liberalismo político. En realidad el capitalismo jamás ha sido individualista y no se llega al socialismo a través de la estatización.

Todavía hoy la identificación de la defensa de la libertad con la de la “libre empresa” tiene mucho crédito en el sector de la opinión pública enrolado entre las fuerzas del “bloque occidental”. Pero no pasará sin duda mucho tiempo que el fracaso progresivo del liberalismo capitalista en el campo económico y político obligará a disolver el binomio. Quienes lo defienden porque se sienten ligados al sistema capitalista de producción basado en el beneficio (que, compatible en un tiempo con la libertad formal, ponía sin embargo en manos de los privilegiados un invisible bastón de mando) dejarán caer su liberalismo para conciliarse con los nuevos regímenes más o menos totalitarios en formación, que salvan la jerarquía social, creando una casta superior y privilegiada de funcionarios. A su vez, aquellos que en el binomio libertad-capitalismo ven sobre todo los valores del primer término y sufren el segundo como una necesidad histórica inherente al primero,

al reconocer al carácter falaz de este vínculo, serán llevados naturalmente a dejar de defender el privilegio económico.

Ejemplos abundantes del primer caso se encuentran en el partido conservador inglés, suficientemente impregnado de liberalismo como para constituir un buen objeto de experiencia a este respecto. El año pasado, en vísperas de las elecciones inglesas, aunque la lucha periodística entre los dos principales partidos tocaban frecuentemente el espinoso problema de las nacionalizaciones, las diferencias entre los dos programas —justo sobre este punto— les parecieron a los observadores muy atenuadas respecto a periodos anteriores y en suma mas de grado que de esencia. Esto se pudo comprobar ya antes, en la campaña electoral de 1950. El manifiesto conservador prometía “continuar la prestación de los servicios sanitarios nacionales además mantener una parte considerable del programa laborista de nacionalización de las industrias” . . . En otra parte se hablaba de “una retirada relativa, pero no total en la política de nacionalización . . . de una radio de acción mucho mayor que se le concedería a la iniciativa privada . . .”. “Los dos partidos diferían absolutamente en cuanto a la política de centralización. Los socialistas proyectaban, como es obvio, conservar todos los controles en Londres. Los conservadores habrían querido una industria carbonífera nacionalizada, pero controlada en su mayor parte por juntas regionales” (de los diarios del 26 de enero de 1950). Llegados al poder no en 1950, pero si en 1951, los conservadores han limitado a la industria del acero su “restauración de la empresa privada”, buscando, eso si, de disminuir el carácter socialista —ya escaso— de las nacionalizaciones, con su programa de austeridad. “Manchester Guardian” en 1950 atribuía el nuevo contenido del manifiesto conservador al “progreso vertiginoso del pensamiento social provocado por la guerra”. Y ciertamente tenía razón, siempre que se cambie la palabra “progreso” por “transformación”, más neutra, ya que lo que muchos consideran un deslizamiento a la izquierda no es más que la puesta al día gradual de una tradicional orientación conservadora y fundamentalmente reaccionaria. Lo que no excluye (en Inglaterra, de la Carta Magna en adelante, el fenómeno es mas elocuente que en otras partes) que paradójamente el deseo de conservar lo mas fielmente posible la tradición (descentralización, juntas locales), que frena el pretendido progreso de las ideas sociales de los torys, sea en este caso justamente el germen de una posición mas avanzada que la de los laboristas mayoritarios. Digo mayoritarios, ya que existen elementos de oposición interna en el partido laborista, y corrientes socialistas independientes que ven mucho mas lejos.

Ahora es de observar que, mientras sobre el terreno lógico de las consecuencias que se pueden extraer de la experiencia del ultimo siglo, la confluencia del socialismo con el liberalismo se opera sobre el plano antiestatal, en el terreno artificial de la llamada “vida política”, ha habido en el mundo occidental un acercamiento

entre los partidos socialistas democráticos y la democracia liberal burguesa, sobre un plano gubernamental con el resultado de sumar las contradicciones y las dificultades características del mundo actual —planificaciones, barreras legales, complicaciones diplomáticas, proteccionismos, maniobras financieras, fronteras artificiales: todos contrastes no de pueblos, sino de gobiernos— con las contradicciones ideológicas de una dialéctica marxista periodísticamente interpretada. De aquí la pérdida tanto del socialismo como de la libertad en estos acercamientos, y el fracaso de las tendencias del socialismo liberal o de liberalismo socialista (Silote, Garosi, Pivert, etc.) que, aun en los casos en que se han mantenido ajenas a la atmósfera gubernativa, no han podido sustraerse a los esquemas de partido, ni resolver en modo claro el problema del Estado. Justamente para subrayar esta diferencia, los anarquistas no se definen como “liberales” sino como “libertarios”.

Tanto el liberalismo como el socialismo han sido falseados, desviados por el hambre de poder: los liberales no vacilaron en hacer esclavos a los hombres apoderándose de su pan; los socialistas tienden hoy a la tiranía política a través de la estatización de la propiedad. La lucha entre el falso liberalismo (bloque occidental) y el falso socialismo (bloque oriental) es una lucha en el vacío, que sin embargo amenaza arrollar a todos y a todo, comprometiendo la adhesión en un sentido y en el otro de todos los que verdaderamente desean un mundo más justo y más libre.

La historia de hoy repite con la terrible lección de los hechos lo que los anarquistas siempre han dicho: que quien quiere el socialismo debe no conquistar, sino destruir el Estado. Hoy los dominadores tienen cada vez más firmemente en sus manos no solo a los ejércitos y las policías, sino la producción y la distribución. Aplastan y exprimen la vida del hombre. Son rivales entre sí y cada uno de los grupos aspira al gobierno mundial. Si logran regimentarnos, se lo disputarán quizás por siglos, siempre que la ciencia aplicada a la guerra deje durar tanto la lucha.

Pero en todos ellos no hay más que una desesperada voluntad de poder, un deseo violento de mantener aquel control sobre las masas, que los múltiples progresos técnicos están amenazando, a través de la disminución de las horas de trabajo, la mayor facilidad de las comunicaciones, la mayor accesibilidad de los productos materiales y de las fuentes culturales. Las distintas “jerarquías”, naturalmente, se defienden contra esta posibilidad progresivamente igualitaria (y se trata de una igualdad no niveladora, sino mucho más sustancial y potencialmente multiforme, variada y fecunda que las pirámides escalonadas que tienen en su cúspide a una fortuita o hereditaria —en los dos casos, artificial— elite político-económica). Existen contra este empuje que tiende a derribar las clases muchos medios de defensa, unos antiguos, otros recientísimos: la producción de armamentos o la destrucción de los productos acumulados son sucedáneos de la disminución de las

horas de trabajo como medida contra la desocupación, la censura y el monopolio oficial de las noticias y de la cultura contrarrestan los progresos en el campo de las radiocomunicaciones y de la televisión; las diversas “cortinas”, la semiclausura aun de las menos importantes fronteras, y la creación de barreras internas, tratan de compensar la creciente rapidez de los medios de transporte, así como el proteccionismo económico, en un mundo en que una racional, fraterna especialización en el campo productivo podría ya probablemente cubrir los sectores supérstite de real escasez, mantiene en pie las dificultades materiales que —mas directamente comprensibles— facilitan la admisión de las medidas anteriores por parte de grandes masas humanas. Naturalmente, no se trata de planes maquiavélicos, hábilmente acordados y sincronizados, sino más bien del encuentro —sobre el plano actual de la voluntad de poder, no siempre plenamente consciente, de castas hegemónicas viejas y nuevas—, de los residuos de una realidad que esta en su ocaso, con los gérmenes de nuevas realidades. Estos elementos se organizan en torno a los intereses inherentes a tal voluntad de poder, que los hace —digámoslo así— precipitar. Y, a pesar de la complejidad de los detalles, el proceso de conjunto me parece claro. Ahora, todas estas defensas parciales contra las consecuencias antijerárquicas de aquel madurar de la vida del hombre, no pueden ser duraderas sino en un clima de escasez económica, preparación militar, omnipotencia del Estado. De aquí el totalitarismo que se presenta como alternativa frente al socialismo libre (esto es: sin fronteras, sin propiedad privada, hacia el no-Estado a través del menos Estado) en el proceso de disolución de la sociedad capitalista.

Por esto es que el anarquismo, que es actitud básica, elemental, permanente, tiene hoy históricamente su hora, o mejor, para no hipotecar el porvenir, ni mutilarle al pasado sus hipotéticas posibilidades no realizadas, una de sus horas. Esta determinada posibilidad de hoy esta en la identificación de un completo socialismo con un completo liberalismo en la catarsis de la voluntad de poder. Aprovechar esta hora puede ser obra de pocos, siempre que sean conscientes y plenamente desinteresados.

Hoy

Hoy, como ayer, sociedad anárquica quiere decir sociedad libre, sin gobierno. Hoy como ayer la mayoría de los anarquistas conciben tal sociedad como una federación coordinativa de núcleos geográficos (ejemplo, los municipios), o funcionales (ejemplos: consejos de fabrica, sindicatos, cooperativas de consumos, instituciones culturales, sanitarias, etc.), en la cual la vida material sea asegurada por un sistema económico basado en la propiedad colectiva de los medios de producción y en la distribución gratuita de los medios de producción y en la distribución gratuita de los productos de acuerdo a las necesidades. Se podría hablar

de federación de entes autónomos, no administrados por representantes de los partidos que tienen en sus manos, aunque sea gracias al voto popular, el poder político (como en el Uruguay), sino directamente por sus respectivos trabajadores y usuarios.

La descentralización coordinada —para la que el progreso técnico, que ha dado origen a las ciudades tentaculares y a las fabricas monstruosamente grandes, se encamina a ofrecer, por natural superación, condiciones excepcionalmente favorables— permite un retorno maduro a la originaria democracia directa de nuestra¹ comuna medioeval, antecedente histórico no despreciable para nosotros, que, no teniendo a nuestra disposición el engañoso instrumento de la dictadura con la cual parece fácil crear un mundo nuevo sobre las ruinas de todo el pasado y el presente, debemos tratar de liberar en el presente aquello que hay de mas libre, vivo y espontáneo (y las raíces en el pasado son una garantía de espontaneidad). Entre las cosas que hay que “revisar”, acaso ocupen un lugar importante nuestras relaciones con la tradición.

De todos modos, sin nada ha cambiado en la habitual definición del anarquismo, que solo se ha acercado progresivamente al “centro lógico” de los acontecimientos, han cambiado los factores históricos en medio de los cuales este debe conducir su batalla. Una continua revisión es por eso necesaria en el orden de las relaciones con estos factores. Los acontecimientos transforman las teorías en experiencias vividas (¡y que dolorosamente vividas!) y descubren inesperadas cercanías con unos, distancias abismales con otros.

Por ejemplo, habría sido difícil en el siglo pasado, cuando los anarquistas aceptaban una gran parte de la visión marxista de la economía, ver claramente el peligro que se esconde en las tácticas y programas basados en una teoría general de la historia. De la “Ciudad de Dios” de San Agustín (base de una filosofía católica de la historia) a Torquemada, existe una línea de derivación directa: la misma que lleva del materialismo dialéctico a los campos de concentración stalinianos. Quien se siente interprete de la historia, como quien se cree inspirado por Dios, sacrifica la vida presente a la futura. Y no se puede sacrificar el presente de los hombres —que están vivos y aman a pesar de todo la vida— sin el más brutal ejercicio de la autoridad. Es esta una de las verdades obvias que se comprenden concretamente solo bajo el peso de la experiencia. A su luz se revela artificial el seudo-historicismo de la misión revolucionaria de la clase trabajadora y de otros mitos que no han sido más que ideas-fuerzas, es decir, en definitiva, ideas utilizadas como instrumentos de dominio.

¹ Como la edición original de este folleto estuvo destinada a Italia, en este caso alude a una institución experimentada en aquel y otros países europeos, pero de la que no hay antecedentes en el Uruguay. (Nota del Traductor).

Hoy es moda en Italia definir a los anarquistas como iluministas supervivientes que continúan en pleno siglo XX los ideales de los filósofos franceses del siglo XVIII. Es siempre difícil y no siempre útil buscarse antepasados, pero, aun reconociendo que hay algo de verdad en tal definición, sería necesario limitar su alcance, por cuanto en la “filosofía de la ilustración” existía tanto la herencia del liberalismo revolucionario inglés del siglo anterior (ceñido a la realidad), como la justificación del despotismo ilustrado, y una concepción abstracta y absoluta de la libertad, que negaba todo el pasado y se colocaba fuera de la historia. Es necesario cuidarse muy bien de identificar posiciones parecidas, pero lejanas en el tiempo, que corresponden, unas a la prehistoria de un determinado problema (en este caso el problema del capitalismo burgués y de la lucha de clases) y otras a la superación de este problema, después del análisis que los acontecimientos mismos han hecho de él. En este caso recurre un parcial retorno a las posiciones anteriores, que no es una regresión sino un progreso, producido por la más madura conciencia con que se vuelven a pensar y actualizan ideas pertenecientes al pasado. En este sentido se puede hablar de retorno al siglo XVIII; en este sentido, y considerando su aspecto liberal y no el jacobino, se puede vincular ideológicamente con el a los anarquistas.

Lo mismo sucede en el terreno de las ideas económicas; es admisible considerar a los anarquistas como herederos del socialismo “utópico”, esto es, premarxista, en sus sectores menos autoritarios, siempre que se vea que la línea de descendencia pasa a través de la experiencia de un siglo que, entre otras cosas, comprende el fracaso del socialismo marxista. Esta experiencia nos lleva hoy a marcar nuestra posición en el mar en borrasca.

En este mar en borrasca el capitalismo privado se ha debilitado mucho; el Estado ha heredado su fuerza y parte de la del antiguo movimiento obrero; el factor político ha tomado de nuevo la preeminencia sobre el económico, que ya no es sino un instrumento del primero; el socialismo autoritario se ha insertado en este proceso que lleva al capitalismo privado a transformarse en capitalismo de Estado; en los países democráticos se está formando y en los totalitarios ya está formada una nueva casta dirigente de técnicos de la organización a la que los técnicos de la industria y la agricultura están absolutamente subordinados, y que tiene en sus manos el poder político y el monopolio de la economía (que es la nueva forma —burocratizada— de la propiedad, o mejor dicho, del privilegio económico).

Veamos los principales de estos hechos nuevos y las consecuencias que pueden tener sobre las futuras orientaciones del movimiento anarquista.

I) El sistema económico capitalista del salariado para los obreros, del beneficio para los empresarios, de la distribución comercial para los consumidores, ha perdido su vitalidad y está transformándose lentamente, por más que la guerra

terminada en 1945, su apéndice coreano y las probabilidades de próximo conflicto le prolonguea artificialmente la existencia.

II) Las consignas falsamente simples de los partidos y de los Estados en conflicto han tenido por resultado el popularizar la contraposición de socialismo o, —más vagamente— justicia social y libertad política. No es un hecho nuevo; es un acento nuevo sobre una seudoidea polémica que se remonta a tiempos muy anteriores, en los tiempos en que comenzó a hacerse cómodo combatir el socialismo haciéndolo consistir todo en su degeneración autoritaria. Hoy que esta degeneración autoritaria se llama totalitarismo, nosotros también debemos poner un acento mas fuerte sobre la inseparabilidad, para nosotros obvia, entre la libertad y el socialismo.

Este último ofrece de hecho a la primera las bases materiales para su desarrollo. La falsa oposición que entre ellos se pretende establecer es para mi uno de los mas peligrosos sofismas de nuestro tiempo, Tal falsa oposición, con todas las correspondientes engorrosas tentativas de conciliación mencionadas en la primera parte de este escrito, desempeña en los ambientes cultos la misma acción paralizadora que el mito ruso entre las masas obreras.

Cuando decimos que el capitalismo privado es individualista, nos referimos a unos de sus aspectos económicos, a una carencia de coordinación en la producción y la distribución (que por otra parte fue la característica de solo un breve periodo de auge en el curso de la historia del capitalismo); no nos referimos a una particular concepción de la vida que se traduzca en un modo de vivir. Las posibilidades de desarrollo y de iniciativa de una pequeña minoría de individuos privilegiados significaban y significan el sofocamiento de las posibilidades de afirmación individual en la mayoría de la población regimentada en el trabajo en cadena, amontonamiento bajo la presión de sus necesidades vegetativas. Decir que la llamada “libre empresa” es una garantía de libertad individual es como sostener que una oligarquía tiránica equivalga a una democracia perfecta, porque en las personas de los oligarcas tal identificación parece verificarse, por cuanto quien ejerce la autoridad suele creerse y ser creído libre. La empresa privada capitalista fue pues, en el momento de su apogeo, la exaltación (mas aparente que real) del individualismo de algunos pocos, basado sobre el embrutecimiento amorfo de las masas obreras, que solo a través de su organización en los sindicatos (usados entonces como instrumentos de lucha, degenerados hoy casi totalmente en órganos de militarización) encontraron el medio de restituir a cada uno de sus componentes su valor individual de hombre.

Naturalmente cuando hablo de propiedad privada me refiero especialmente a la posesión de los medios de producción, y no a la simple riqueza, que puede ser un fenómeno de parasitismo socialmente poco importante y poco peligroso.

Vuelvo aquí sobre un concepto que me es querido, porque me parece llegado o, mas bien retornado, el momento de hacer de él el eje de nuestra tarea de

propaganda. Estoy más que nunca convencida de la importancia enorme que tiene en la historia la voluntad de poder, que esta en germen en el aspecto expansivo del instinto vital, y existe tanto en el individuo como —colectivamente— en la especie.

El instinto vital conserva manifestaciones primitivas, bestiales, que el hombre en la medida en que se distingue de todos los otros animales, trata de superar; presenta degeneraciones morbosas que el hombre normal trata de combatir; pero es en esencia un instinto sano. Se trata solo de cultivarlo, canalizarlo, llevarlo a la medida del hombre.

Hoy por hoy el aspecto primitivo y el degenerativo del instinto se confunden frecuentemente y no hay ninguna razón para distinguirlos. Esta forma morbosa o bestial de la voluntad de poder consiste en el deseo individual de dominar a los demás en el placer, muchas veces sádico, de doblegar la voluntad ajena, de poner el pie sobre las cabezas ajenas inclinadas. Este deseo no es individualista mas que en las personas que ejercen tal poder; los demás constituyen eso que se llama la masa, en la cual el individuo por ese espíritu de servidumbre voluntaria que frecuentemente no es mas que el ansia de poder reprimida, se anula a si mismo.

El instrumento mas evidente de esta degeneración morbosa del instinto vital es el poder político, que se reduce siempre, en último análisis, al uso de la violencia material (si no hubiera policías y ejércitos no existiría autoridad política). Otro de estos instrumentos es el poder económico. La tendencia del individuo o del grupo a dominar a los otros hombres a través de las armas o de las leyes, equivale a la que lleva a dominarlos a través de la posesión de los medios de producción y de cambio.

Creo que nuestro tiempo nos ha ilustrado suficientemente respecto de la necesidad de invertir la formula corriente y de reconocer el valor político de la propiedad. En la mayor parte de los casos, los magnates del capitalismo privado no tratan de aumentar sus dividendos para procurarse mayores goces materiales. En general son incansables trabajadores y a veces se creen de buena fe benefactores de la humanidad por el hecho de destinar parte de sus ganancias para obras de interés colectivo, que no hacen sino ampliar su esfera de acción y de influencia. Su verdadero fin, del que evidentemente no siempre son conscientes, es el de apretar en sus manos la vida de los hombres, de los que venden su fuerza de trabajo, de los que compran para consumir, de los inválidos de sus asilos, de los sabios y sus institutos. ¿Qué significa la conquista de un mercado sino la conquista del control sobre un sector de consumidores? ¿Qué es lujo, sino el símbolo exterior de una jerarquía, el uniforme de los dominadores?

Por esto la lucha por la libertad del hombre no puede ser dirigida solo contra la tiranía política, sino que debe ser extendida al mismo tiempo contra el control

de la vida económica por parte de una casta privilegiada, sea esta compuesta por capitalistas particulares o por los burócratas del Estado propietario.

La libertad de la persona no solo es inseparable de la justicia social, sino que se identifica con ella.

Si llamamos socialismo a la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio (y socialismo es término amplio que admite una pluralidad de ulteriores determinaciones económicas) podemos tranquilamente decir que no hay mejor garantía de la libertad.

Pues bien, el socialismo no niega aquella manifestación expansiva del instinto vital que se suele llamar voluntad de poder; la satisface en cambio en lo que tiene de más alto, y diría de más humano, si no temiese que deberíamos avergonzarnos ante tantos ejemplos de solidaridad animal que nos da Kropotkin en su "Apoyo Mutuo" y que encontramos día a día en la naturaleza. Una sana voluntad de poder se traduce en el deseo de libertad y de autodomínio, en el ansia de plegar la naturaleza hostil y la materia inerte a las necesidades del hombre, en el apetito de trabajo, de creación, de conocimiento; y sobre todo en la asociación que multiplica y extiende hasta los límites del universo conocido las posibilidades y las irradiaciones de la acción individual, en la solidaridad que, partiendo del subconsciente colectivo de la especie, llega a ser, en la esfera de la conciencia, fraternidad, amor, espíritu de sacrificio.²

En el individuo, un instinto vital sano conduce tanto a dar y a hacer, como a tomar y a gozar; y en este dar y en este hacer busca, en último término, una superioridad.

Se puede decir que esto es moralismo, palabra de la que es moda burlarse. Y también esta fácil ironía antimoralista es una inconsciente herencia marxista, combinada sin embargo con la lectura epidérmica de Maquiavelo. Que las reglas de una acción política dirigida a la conquista y a la conservación del poder no tengan nada que ver con las normas morales, o más bien sean moralmente negativas, es muy verdadero. Pero esta verdad no es aplicable a los que repudian todo poder y para quienes la historia verdadera es la historia de la libertad y es por lo tanto una concatenación de hechos que brotan del humus de la vida moral. La autoridad que atomiza la sociedad bajo el peso de una uniformidad inorgánica, disfrazada

² El ejemplo más típico de colaboración necesaria y sin embargo libre y completamente espontánea para aumentar el poder del individuo está dado por el lenguaje. El hombre solo no sabe hablar y por eso no puede pensar: no tiene más que una personalidad rudimentaria. Su plenitud como individuo se logra sólo en las relaciones sociales y tiene, como todas las cosas humanas, un precio de renuncias. Cuanto más voluntaria esta renuncia (es decir, basada sobre un sentimiento más de amor que de obligación o de necesidad), tanto más libre. De aquí la gama de los diversos valores de la asociación y del pacto que constituye su base, entre los dos límites opuestos de la fuerza bruta y del amor, pasando por la estricta y medida justicia.

de organización, y la solidaridad espontánea que construye en la base los órganos vitales de la vida asociada cuyo proceso culmina en la libertad, son los dos polos opuestos de la voluntad de poder natural en el hombre. No se quiere volver a explicar la historia, como en el cristianismo primitivo, como una lucha entre Dios y Satán; pero es necesario reconocer la importancia —por demasiado tiempo olvidada— que el elemento divino y el demoníaco (o, si se prefiere, el elemento humano y el bestial) tienen en el corazón y en la acción de los hombre.

Ahora bien; se puede decir que el socialismo tiene su misma base en este aspecto sano de la voluntad de poder, cuyo instrumento es la asociación que multiplica al infinito las proyecciones del esfuerzo individual. Hoy las exigencias de la vida material, hábilmente explotadas por unos pocos que se hacen dueños de las conciencias comprándolas con el indispensable pan, representan para los más una barrera insuperable que los amontona en la ignorancia y en la miseria. Dando a los productores y a los consumidores la posesión colectiva de los medios de producción y de los bienes de consumo, el socialismo libera a las comunidades humanas del predominio obsesivo del factor económico, transformando la codicia hostil en un común esfuerzo de explotación de las riquezas naturales. El socialismo es por esto la verdadera liberación del individuo, liberación que hemos visto iniciarse (ya que la lucha, la aspiración, son ya una liberación) a través de muchas tentativas insurreccionales y a través de movimiento obrero y el cooperativo, dos formas diversas —fácilmente degenerables, pero sanas en las fuentes— de la defensa de la vida y la dignidad de la persona contra el sistema del beneficio capitalista. Así en la comuna medioeval, campesinos y artesanos afirmaban su posibilidad de ser hombres contra la casta privilegiada de los señores feudales. En la medida que una comunidad así creada oprime y trata de anular al individuo, pierde su poder funcional en el sentido de la justicia social y se vicia de una secreción morbosa y parasitaria: la autoridad de algunos individuos (que crean para si o protegen en otros posiciones económicamente privilegiadas) sobre una masa cada vez mas amorfa y esclava.

Trasladar la voluntad de potencia desde el plano bestial al humano, del plano de la fuerza al de la inteligencia, del plano de la autoridad al de la solidaridad que libera y multiplica las posibilidades individuales, significa, es cierto, cumplir una revolución moral, pero no significa, como podría parecer a un lector apresurado, separarse del campo de las realidades practicas, ni caer en el reformismo. Existen, en acto o en germen, o se pueden concebir como posibilidades para realizar en el futuro, los órganos de este poder del hombre. Liberarlos de los bajos intereses que estorban o pervierten su acción o les impiden nacer, hacer de ellos los núcleos coordinados de la sociedad del futuro, es obra revolucionaria.

Son justamente los nuevos desarrollos de la técnica y las nuevas formas de vida asociada, para las que estos desarrollos —unidos a la decadencia del capitalismo—

crean las condiciones favorables, que nos hacen insistir más sobre este aspecto que sobre otros del pensamiento anarquista. Estas nuevas formas pueden ser, o bien el totalitarismo, que ya hay necesidad de definir desde que Orwell ha hecho, en una novela de gran valor político —“1984”— su descripción exasperada pero no caricaturesca, o bien manifestaciones de socialismo mas o menos libre, susceptible de evoluciones y revoluciones en un sentido anárquico.

III) El socialismo no es por ende necesariamente el heredero del capitalismo privado en proceso de decaimiento. El heredero del capitalismo parece ser, según todas las probabilidades, el totalitarismo estatal. Contra este último es necesario continuar la lucha iniciada en el siglo pasado por la clase obrera contra la burguesía capitalista. Tres son las grandes líneas del proceso totalitario: una, parte de esta misma burguesía capitalista y ha tenido su primera manifestación en el fascismo y el nazismo; la otra comienza con el sofocamiento de la revolución socialista rusa por parte de la dictadura bolchevique y desemboca en el régimen que se suele llamar stalinismo; la tercera, todavía incipiente, consiste en un progresivo reforzamiento del Estado en los países llamados democráticos —no tanto aun sobre el terreno político, como sobre el menos visible terreno económico— y en la formación de la nueva clase de funcionarios estatales que tienen en sus manos, no la propiedad, pero si el control de la riqueza nacional.

En los Estados Unidos el Estado tiende, a través del “income tax”, a distribuirse una parte preponderante del beneficio capitalista; en los países mas desarrollados de la América del Sur, el Estado incide sobre los precios de los artículos de consumo y sobre los salarios mucho mas que la ganancia del empresario. La clase en parte parasitaria de los empleados públicos se encamina a ser en muchos de estos países una fuerza socialmente más peligrosa que las manifestaciones del imperialismo extranjero o del capitalismo local de tipo anticuado.

En los últimos tiempos esta transformación ha sido bastante estudiada pero sin dar el suficiente relieve al alcance político del fenómeno. En realidad todo nuestro vocabulario se esta volviendo anticuado vacilante: los gobiernos burgueses no son mas esencialmente burgueses, la democracia capitalista, que jamás ha sido verdadera democracia, se encamina a no ser ya ni siquiera capitalista, las clases no han desaparecido pero se encuentran en proceso de rápida transformación y tienden, en los países totalitarios, a transformarse en castas mas o menos cerradas. En los países llamados democráticos, los dirigentes efectivos (no necesariamente miembros del directorio) de un gran trust bancario están mucho mas cercanos a los dirigentes de ciertas enormes organizaciones sindicales o a los funcionarios gubernativos encargados de regular —pongamos— el comercio exterior, que al grueso de la que todavía suele ser llamada burguesía capitalista. De la sed de poder de esta nueva clase viene hoy el peligro de guerra y la oposición al socialismo,

cuando este no sea el seudo-socialismo de las nacionalizaciones. Una verdadera socialización quitaría en efecto, a esta casta dirigente, aquel control de la producción y de la distribución que es siempre el principal instrumento del dominio político. El clima de guerra, con la correspondiente desviación del progreso técnico hacia las exigencias de la preparación militar, obedece al temor de perder, a través del normal desarrollo de la explotación de las fuerzas naturales por parte de los hombres, el dominio sobre esa incógnita que llamamos personalidad individual. En este temor, que impide buscar, por ejemplo, en la disminución de las horas de trabajo un paliativo a la desocupación, coinciden los cuadros dirigentes de los grandes partidos y de las organizaciones sindicales, los magnates del capital industrial y financiero supérstite (que no saben no siquiera ellos hasta que punto son independientes, hasta que punto son sus ruedas) y los altos burócratas de las administraciones estatales y de los ejércitos. Este temor hacia la mas pequeña autonomía domina el panorama del totalitarismo típico, el ruso, pero ejerce una influencia fortísima, por mas que no siempre sea consiente, en las altas esferas del llamado bloque occidental, cuyas clases privilegiadas no vacilarían en arrojar en brazos de Stalin si sus respectivos pueblos demostrasen excesivas tendencias a emanciparse. Esto no es una paradoja; basta estudiar el color político-social de las adhesiones que anduvo recogiendo durante la guerra civil de 1936 al 39 el minúsculo partido comunista español en la parte republicana de la Península Ibérica, o, recíprocamente, el apoyo dado por el partido comunista italiano a las fuerzas mas retrogradas (monarquía y clero) en el momento mas revolucionario de la resistencia, en la Italia todavía empeñada en la guerra “antifascista”, para darse cuenta que el antagonismo entre “Oriente” y “occidente” es en el fondo simple y acaso efímera rivalidad,³ y que la lucha verdadera, a través de la cual todavía se puede salvar el destino de la humanidad, no es la guerra, sino el esfuerzo revolucionario contra los totalitarismos en acto o en gestación en todas partes del mundo.

Este esfuerzo, no solo no tiene nada que ver con la guerra, sino que es en su mismo la única posible lucha contra la guerra misma, siempre que sea esfuerzo creador, esto es, en este momento, siempre que sea orientado en sentido socialista.

IV) No hay que hacerse ilusiones: si el capitalismo esta perdiendo vitalidad, el totalitarismo es fuerte, más fuerte que el régimen llamado burgués en su época de auge. Es capaz de negar todos los valores humanos, capaz de un retorno a la

³ Como, en la víspera de la ultima guerra, una parte del gran capital norteamericano era nazistófilo, así ahora un sector importante de Wall Street, en desacuerdo con el gobierno de su propio país, es partidario de un acercamiento del Oeste al Este en el terreno comercial. Ver a este respecto las palabras de Charles Wilson, en fecha 20 de Noviembre de 1951 y lo que ha publicado en el mismo periodo en el “Wall Street Journal” y en el “U. S. News and World Report” según el breve resumen que da de ellos Ch. Devancon en el N.291 del “Libertaire” de París.

bestialidad primitiva con todos los refinamientos del progreso científico. Por otro lado, después de la terrible depuración sufrida, después que el totalitarismo ruso ha devorado al socialismo bolchevique y a la utopía marxista del Estado que se destruye a si mismo, el socialismo consciente es débil, a pesar de la responsabilidad sobrehumana que pesa sobre sus espaldas en esta hora de decisivo peligro.

Las multitudes de obreros y campesinos y una parte del proletariado de cuello blanco aspiran vagamente al socialismo, pero no saben donde está. Lo buscan como buscan la libertad, fuera de si mismos. Y así ha sucedido, como dice un escritor contemporáneo en un artículo autobiográfico, que muchos italianos asqueados del fascismo han entrado al partido comunista por una exigencia, al mismo tiempo, socialista y liberal y son llevados exactamente en dirección contraria a aquella en que quieren marchar. Cuando después lo advierten, en su mayoría se encierran descorazonados en los límites de su egoísta vida privada diciendo que “la política es una porquería”, “los diarios están llenos de mentiras”, “todos los partidos son iguales”. Todas cosas justas, pero que en el fondo no son mas que un pretexto para la pereza de quien espera que le regalen un mundo nuevo, por el que estaría dispuesto a veces hasta a dar la vida, pero por cuya construcción no se siente personalmente responsables.

Todo esto es humano, pero es perpetuado, transformado de instinto en hábito, por la propaganda negativa de los grandes partidos “de masas”. Las multitudes regimentadas se mueven en varias direcciones, pero siempre “en contra”: contra la guerra, contra el capital, contra los extranjeros, contra los hebreos, contra los negros, contra los comunistas . . . Es fácil unir en el odio fuerzas humanas heterogéneas y utilizadas como masas de maniobra o como carne de cañón. Y como tales las utilizan las castas dominantes, orientadas todas hacia el totalitarismo.

Y así vamos hacia la guerra que los hombres odian en todas sus fibras, como el enfermo grave odia la enfermedad que lo lleva a la tumba.

V) La lucha contra la guerra ya no puede basarse más sobre la propaganda tradicional de los partidos de izquierda. Se ha discutido mucho en estos últimos tiempos en los ambientes anarquistas un artículo de Ernestan que, continuando la posición que Rocker sostuviera durante el último conflicto mundial, se traduce sustancialmente en un apoyo a las “democracias occidentales”. Contra esta actitud que tienen algo de suicida y desesperada no se pueden oponer evidentemente las palabras de hace cincuenta años.

En efecto, no es nuestra posición la que ha cambiado, sino la naturaleza misma de los factores que arrastran a la humanidad hacia la guerra. Nuestra posición es fundamentalmente idéntica, pero hay que dar de ella una nueva definición en relación con el ambiente que la rodea, en el cual la guerra misma se ha vuelto un peligro totalitario, porque ya no amenaza a un sinnúmero de vidas, sino a la vida en si misma. Por otra parte, el nacionalismo ya no es la principal entre

las pasiones que ciegan a los hombres y los arrastran a matarse. La amenaza inminente de la guerra se mezcla en todas las luchas internas. Las dos partes en futuro conflicto ya están combatiendo en el interior de cada Estado. La próxima guerra será esencialmente (como ya en parte la pasada) una guerra de “quintas columnas”. En estas condiciones ya no basta ignorar las fronteras, afiliarse a las distintas Internacionales pacifistas, tratar de unir a todos los que odian a la guerra, cosa bastante fácil en tiempos de paz.

El problema que debemos plantearnos es el de la línea de acción que tenemos que seguir para preparar, a través de los próximos cataclismos, la acción futura en sentido federativo y anti-estatal.

En efecto, la negativa de tomar posición bajo una de las dos banderas que con sus dos sombras parecen cubrir al mundo, no puede ser solo una actitud negativa, “para salvar el alma”, es decir eximirse de la responsabilidad de tantas injusticias muertas futuras y poderse presentar mañana con las manos puras ante los hombres torturados por la larga angustia y asqueados de sangre.

La repugnancia difusa por todo lo que recuerde en cualquier forma el conflicto pasado o haga pensar en el conflicto futuro es, seguramente, la base mas elemental y, por lo tanto mas amplia para la lucha contra la guerra, pero es base inerte, que solo puede adquirir un valor positivo si se transforma el horror en entusiasmo, el fatalismo en iniciativa. Y si el no une, el si divide.

En otras palabras, la lucha contra la guerra no puede ser “pacifista”, ni “unitaria”; implica una actitud, no de simple resistencia, sino de ofensiva, es decir, de creación.

La construcción de un mundo en que las causas de los conflictos violentos de carácter colectivo hayan sido eliminadas, no es obra de paz. Aun iniciada con métodos y medios pacíficos, tarde o temprano será considerada por los privilegiados del poder y del dinero como un ataque directo a sus intereses y obstaculizada, pues, con la violencia. Por eso la lucha contra la guerra es en si lucha revolucionaria. Esto, los anarquistas siempre lo han dicho.

Siendo la guerra un corolario obligado de la injusticia social y de la voluntad de poder, solo puede ser eliminada en función de la conquista de la justicia social y de la libertad del hombre, y no simplemente en nombre de la paz.

Una posición puramente negativa conserva una aparente unidad alrededor del mínimo común denominador pacifista solo hasta la víspera de la crisis. Y mientras tanto adormece los espíritus y sumerge la iniciativa creadora en aquel deseo colectivo de quietud y de inercia en el cual, en los momentos decisivos, cualquier poder constituido encuentra su mejor sostén.

La lucha contra la guerra debe, pues, ser conducida en sentido positivo y sobre el terreno social.

Es un lugar común que la guerra es una consecuencia natural del régimen capitalista. Esta afirmación correspondió a la realidad durante cierto tiempo, a

partir de la Revolución Francesa; hoy ya no es sino una media verdad. En este momento nos lleva a la guerra mucho más el Estado, que el capitalismo privado.

Toda nacionalización es, en el fondo, una militarización. Inversamente, cada paso hacia la descentralización, hacia el contralor y la gestión directa de los organismos económicos por parte de los interesados y en la base, es una garantía contra la guerra.

Esta comprobación no implica una defensa del capitalismo privado, que en su fase imperialista, causó la guerra del “14-18” y que, a partir de 1930 —a través de su crisis—, nos está arrastrando, aun resistiéndose a veces contra el, hacia el totalitarismo estatal. Ella es, simplemente, el reconocimiento de una nueva situación, en la cual la empresa capitalista, que “los occidentales” parecen querer defender, si continua siendo una monstruosa injusticia, ya no es el principal peligro para la vida física de la humanidad, sino solo el prefacio de este peligro. Aun en los países en que conserva gran parte de su fuerza, su importancia en el juego de los factores que nos arrastran a la guerra es dada, sobre todo, por sus relaciones a menudo forzosas, con el Estado.

El miedo a la desocupación en lo interno (que es un miedo típicamente gubernamental), mucho más que el deseo de dividendos, contribuye —junto con las causas de carácter internacional— a mantener en plena actividad las fábricas de armamentos.⁴

Luchar contra la guerra quiere decir colocar el acento en el hombre y en los organismos que el naturalmente crea: familias, aldeas y ciudades (entendidas como núcleos mas o menos vastos de habitantes, vinculados por necesidades sociales comunes espontáneamente sentidas y voluntariamente reconocidas), fabricas, establecimientos rurales, cooperativas de producción y de consumo, escuelas, liceos, universidades, etc.; quiere decir: trabajar con medios adecuados para que los vínculos entre estos organismos básicos sean de coordinación y no de subordinación. Solo en la medida en que nos acerquemos a este ideal, la humanidad del hombre, sustraída a la regimentación de masas y transformada en consciente factor de historia, podrá ser una garantía contra los horrores atómicos.

Ahora bien, todo esto, a pesar de oponerse directamente a la guerra no tiene aun nada que ver con la paz, no con lo que generalmente se entiende por pacifismo.

⁴ En la asamblea de 39 economistas reunida en Mónaco bajo la égida de la Unesco en septiembre de 1959, sir Hubert Henderson decía que “la consagración de gastos considerables a las necesidades de la defensa, constituirá por un periodo indeterminado el clima económico normal del mundo occidental” y que “el asunto de Corea y las medidas de rearme que la guerra de Corea ha provocado han quitado toda actualidad a la opinión según la cual el principal peligro del tiempo presente está en la desocupación generalizada, en la depresión cíclica y en la insuficiencia de demanda global” (citado por el *Libertaire* del 14-XII-1951). Palabras que indican, también de parte capitalista, más temor de la crisis definitiva, que avidez normal.

Cuanto mas totalitario es un Estado, tanto mas es agresivo. La lógica misma de su naturaleza lo lleva a obrar en el terreno internacional con los mismos métodos con los que elimina a la oposición en el interior. Se les ha hecho a menudo a los movimientos pacifistas la objeción de que toda acción dirigida a debilitar el esfuerzo de preparación militar en los países en que existe una, aun relativa, libertad, se traduce en indirecta colaboración con los posibles agresores totalitarios, que no toleran a ningún movimiento pacifista dentro de sus fronteras. El reparo no carece de fuerza, si razonamos en los términos que se nos quiere imponer (bloque occidental o bloque oriental).

Por otra parte, la necesidad de evitar la expansión del imperialismo staliniano es el slogan (eficaz, porque responde a una exigencia difusamente reconocida) con que se prepara la guerra en occidente; y la lucha anticomunista es pretexto para medidas de represión que nos encaminan lentamente hacia el absolutismo estatal en los países en que este no ha triunfado aun.

Mientras tanto, el arma principal del imperialismo ruso, más eficaz que la bomba de hidrógeno, es la idea-fuerza del socialismo, que no corresponde a ninguna realidad detrás de la cortina de hierro, pero es cómoda bandera de reclutamiento entre las masas explotadas de occidente.

Defender contra los gobiernos la libertad DE TODOS (inclusive de los enemigos de la libertad) como si se tratase de la nuestra; hacerles comprender a los trabajadores la esencia antisocialista, absolutista, inhumana del bolchevismo stalinista y combatirlo EN LA BASE, en la misma forma que a los demás totalitarismos; he aquí dos aspectos complementarios de nuestra tarea.

Si la quinta columna stalinista es derrotada por las fuerzas revolucionarias en el terreno de la propaganda y no por los gobiernos en el terreno de la represión, habrá mucha probabilidad de evitar el conflicto armado al que todos se preparan bajo la obsesión del miedo reciproco.

La lucha simultanea contra el Estado centralizador, contra el Capitalismo en proceso de transformación y contra el Partido Comunista, vanguardia del ejército, es la lucha contra la guerra.

En la medida en que consigamos crear y defender, contra la opresión estatal y el privilegio capitalista, una realidad de justicia social y destruir entre los trabajadores el mito ruso, podremos oponernos verdaderamente a la guerra, sin ser instrumentos en manos de ninguno de los bloques gubernamentales en pugna. Hacia estos dos fines, y no hacia un pacifismo genérico, debe ser dirigido, a mi parecer, el máximo esfuerzo.

La libertad no puede ser salvada por un retorno a la empresa privada, porque el salario es por si mismo esclavitud y porque el capitalismo privado ha dejado de ser vital; la libertad no puede ser salvada por el monopolio estatal de la economía, estrictamente ligado al absolutismo político; los dos polos opuestos entre los que

oscila nuestro porvenir de seres humanos en este momento (y a cada uno de nosotros le toca dar su empuje) son, de un lado el monopolio de la economía por parte de un Estado cada vez mas absoluto, centralizado e inhumano, y por el otro diversas formas de socialismo libre, federativo, antiestatal, en que la economía sea un aspecto de la vida y no un instrumento de opresión.

Socialismo sin Estado

Para precisar este concepto básico, debemos abrirnos paso entre una maraña de falsos ídolos, de dilemas artificiales, de axiomas aceptados universalmente sin análisis. Uno de estos últimos es el de la necesidad de unidad, de uniformidad en la planificación. A este respecto se confunden muchas veces dos cosas: el orden y la independencia de los diferentes engranajes, necesarios hoy en muchos sectores de la agricultura y de la industria, y la uniformidad en el sistema, no solo no necesaria, sino, se es impuesta, sencillamente suicida. Se puede tener una preferencia teórica o incluso, moral, por un determinado sistema económico; quien trate de imponerlo uniformemente por la fuerza a vastas y complicadas colectividades no escapara al destino de muerte del bolchevismo ruso. La experiencia de los últimos treinta años debe ponernos en guardia contra cierto fanático misticismo revolucionario que lleva directamente a resultados opuestos a aquellos a que se quiere derribar.

Estamos, por ejemplo, contra la propiedad privada de los medios de producción, pero la expropiación forzada de la pequeña propiedad rural sin asalariados, sería un error peligroso y una injusticia, porque tal forma de propiedad —económicamente menos rentitiva que la socializada en la llanura, pero probablemente más apta para ciertas zonas montañosas— no implica explotación y se podría definir más propiamente como una “gestión familiar” (y la familia es en este caso una especie de cooperativa) que se puede perfectamente incluir en una economía socializada.

Esto no es más que un ejemplo; se podría encontrar cien más. Ya ahora, en medio de todos los obstáculos que la sociedad capitalista y el creciente predominio estatal oponen a las iniciativas de individuos o colectividades, podemos reconocer el valor creador de la experimentación (y hasta de los errores) y la vitalidad de los sistemas mixtos. Lo esencial es que el hombre sea libre y el trabajo no sea explotado.

Esto no quiere decir que se deba creer fatalísticamente en el valor mágico de la espontaneidad. No se trata de abandonar al azar el nacimiento de la sociedad que deberá surgir de entre las ruinas en las cuales nos estamos moviendo.

Y aquí surge otro problema que atormenta desde hace tiempo a los anarquistas, pero parece hacerse sentir en forma más aguda en este momento, reflejándose en el pudor con que se evita definir idealmente el futuro.

El primer sentimiento que nos asalta cuando se trata de delinear el plano de la sociedad en la cual nos gustaría vivir y que soñamos para nuestros hijos es el temor del ridículo. Los constructores de utopías no han sido, en general, afortunados con sus previsiones, no gozan de popularidad y vendrían ganas de ponerles el sobrenombre afectuoso que Gustavo Módena había endilgado a Manzini: “Machaca el agua” (Pestalacqua). Una “utopía” anarquista tiene además otro inconveniente; cuando menos autoritario sea un régimen, tanto mayor será la expresión de aquella variedad ilimitada que es inherente al espíritu humano, y por consiguiente tanto menos reducible a un esquema. Los esquemas son útiles, sobre una base material concreta, limitada en el tiempo y en el espacio (como los que fueron hechos en España en vísperas de la Revolución) y sirven entonces como experiencia previa y diría casi como ejercicio, aun cuando la realidad se muestra siempre mucho más grande que ellos. Pero a esto se limita su eficacia.

En el polo opuesto de los constructores de ciudades solares, están los destructores, los que piensan que todo está podrido en la sociedad actual y hay que barrerlo todo, dejando a la Revolución o a la Humanidad Futura (con mayúsculas) en encargo de reconstruir. Son los fatalistas de la espontaneidad.

Están después los fatalistas de las leyes históricas, que quieren obrar de acuerdo con estas leyes, para no colocarse fuera de la realidad; desprecian a los “utópicos”, de los que en realidad se distinguen muy poco. Hay en fin otra actitud más modesta y realista, aunque pueda ser juzgada menos revolucionaria o hasta reformista, que me parece la mejor y por esto la he puesto en el último término.

Consiste en repudiar el “todo o nada”, en respetar aquello que pueda haber de bueno en lo que el esfuerzo humano ha creado en los siglos, en acentuar y mejorar todo lo que tenga de libertario y solidario, combatiendo en cambio todas las manifestaciones autoritarias que lo deforman y desnaturalizan. Este no es un fin último al que tienda una única revolución: es un camino en el cual evoluciones y revoluciones (llamando revoluciones los periodos de crisis —violenta o no— en que el proceso histórico toma un ritmo más rápido y el trabajo silencioso de siglos muestra de pronto sus frutos) se alternan, camino sobre el cual es posible verse obligados a retroceder en los momentos de derrota, pero que sin embargo el que se quiere seguir.

Así, definir un programa de acción es, a mi parecer, trazar este camino, más importante en sí mismo que su punto de llegada, porque es en cada uno de sus tramos una realización por la que atraviesa la vida presente, que es más “viva” que la futura.

¿Tiraremos entonces “La tierra Prometida” de William Morris y otras descripciones de la ciudad anárquica idea? No; tenemos necesidad, para orientar nuestro camino, de un punto de llegada, al que sea posible acercarse cada vez más aunque se tenga la conciencia de que la perfección no es cosa humana y está por consiguiente, como el paraíso de las distintas religiones, fuera de la Tierra. “Hermoso, pero irrealizable” repite la gente. ¿Por que irrealizable, si tiene una realidad en la mente del hombre y llega a orientar su acción en una cierta medida? Esta medida es también la de su “realidad”.

Justo por este especial carácter sito, el punto de llegada no cambia. Cambia, sí, los obstáculos a través de los cuales debe pasar el camino, que es, esencialmente, el camino de la libertad. Y ya he empleado hasta demasiadas palabras para demostrar que la libertad implica hoy el socialismo.

Nosotros queremos ir, pues, hacia una sociedad descentralizada, pero articulada, constituida por federaciones de núcleos funcionales, integrados por las personas interesadas y que se gobiernen a sí mismos con el sistema de la democracia directa, sin “delegaciones de soberanía”. Cuando hablo de núcleos, me refiero a las infinitas formas de asociación que para diversos fines ha encontrado el hombre en los diferentes países para multiplicar el resultado de sus esfuerzos combinándolos con los de sus semejantes. Muchos de estos núcleos se pueden crear, obedeciendo a las necesidades propias de cada ambiente, sobre las ruinas del beneficio capitalista que ha envenenado un periodo tan largo de nuestra civilización y como baluartes contra la amenaza de la nueva realidad totalitaria que se nos viene encima, bajo diversas formas, desde el Este y desde el Oeste. Pero otros de estos núcleos ya existen, distintos en los distintos países. Se trata de liberarlos de sus escorias, de restituirles la savia de la acción popular cuando la hayan perdido, de sustraerlos a la intervención del Estado y a la influencia de los partidos políticos, de coordinarlos, de hacer de ellos los engranajes de la vida real de un país. Esto es socialización (todo lo contrario de nacionalización): esto conduce directamente a la abolición del salario y del sistema de los precios, conduce al trabajo asociado y a la distribución gratuita.

En Europa ocupan el primer puesto en cuanto a estas posibilidades de futuro los municipios, los sindicatos, los consejos de fábrica, las cooperativas. En América (o por lo menos en América del Sur) la realidad es mas dúctil y las experiencias posibles mas variadas. Pienso en colectividades agrarias, en cooperativas de consumo,⁵ en la gestión sindical de sectores de la producción y, aquí en Uruguay, en una

⁵ Quisiera repetir aquí, en la esperanza de que alguien más competente que yo la recoja y discuta, la idea de que la cooperación de consumo es mucho más fecunda en sentido revolucionario y anticapitalista que la cooperación entre productores que no elimina el beneficio ni la explotación indirecta, y crea categorías privilegiadas de trabajadores. La cooperativa de consumo es accesible a todos, puesto que todos son consumidores, y responde mejor a la perspectiva de un próximo futuro

transformación de los Entes Autónomos. Lo importante es tener el sentimiento de las posibilidades y de las oportunidades locales. Nuestra misión de militantes, que en el fondo es educativa aun cuando se despliegue a través de una actividad revolucionario, se asemeja (como decía Sócrates respecto de su enseñanza) a la de la partera: ayudar a nacer.

Antecedentes y posibilidades

A partir de la Comuna de París se ha definido con fuerza cada vez mayor el carácter concreto, práctico, de esta tendencia hacia un socialismo de base, con o sin etiqueta libertaria. Es cierto que se han vuelto más claras y más implacables también las tendencias opuestas: esta claridad en las definiciones contrarias es un síntoma de maduración. Lo que sucedió en el siglo pasado con la igualdad, con la libertad jurídica o la república, sucede hoy con el socialismo. Las premisas de antes llegan ahora a sus últimas consecuencias y vemos que el socialismo se anula en la autoridad como antes la libertad se anulaba en el capitalismo. Este proceso de maduración nos permite hoy distinguir mejor el camino.

Lo que se hace con medios y en un ambiente de libertad es frecuentemente menos espectacular y monumental que lo que se construye rápidamente por imposición; pero es también más real y sólido. Todos están cansados de las manifestaciones oceánicas en que las multitudes no saben gritar más que nombres propios, a veces simplificados con este objeto y que desaparecen en el tiempo con huellas sobre la arena; el hombre no quiere saber más nada, en su historia futura, de pirámides faraónicas y de imperios donde no se pone el sol; existe una difundida saciedad de rascacielos y planes quinquenales. . .

Sabemos que entre estas fuerzas implacables la voluntad del hombre libre es unas veces como una hoja débil y liviana en la tormenta y otras veces como la misma tormenta que rompe los diques. Pero sabemos además que sólo lo que ella construye tiene un valor positivo.

La Comuna de París fue una primera afirmación colectiva y popular en el sentido del que estamos hablando; la Rusia de 1917, con sus soviets de obreros y campesinos, muy pronto sofocados por un Estado que por ironía se llama soviético, es otra; después hemos tenido España con sus sangrienta experiencia de tres años, durante los cuales sólo aquel poco de socialismo, creado y mantenido por el pueblo a través de los sindicatos y de las colectividades agrícolas, pudo asegurar la

en el que los problemas de la distribución serán probablemente más importantes e inquietantes que los de la producción. No sería el caso de examinar la conveniencia de sustituir la fórmula "la fábrica a los obreros" por la de "el control de las fábricas a los consumidores" o en términos más actuales: "la producción en manos de las cooperativas de consumo".

continuidad de la vida material; en muchas comunidades autónomas de Palestina, aunque ahora semisofocadas por el predominio de las fuerzas estatales, podemos estudiar otro ejemplo constructivo del socialismo libre. Son todas tentativas, aisladas y por el momento efímeras, pero suficientemente frecuentes y amplias como para señalar un camino de la personalidad humana para llegar a la justicia sin anularse en el Estado.

Volvemos a preguntarnos ¿es utopía? Todo lo humano es utópico antes de traducirse en realidad; y todo lo que depende de la voluntad es realizable. Lo que importa es tener un camino orientado. Y cuando este camino pasa entre la gente que trabaja y come y ama y piensa, pasa entre sus casas y sus industrias y entre todo aquello que su espontánea fraternidad ha creado en los siglos, recogiendo y depurando tradiciones, coordinando esfuerzos, derribando las barreras que aprisionan la vida e imponen la uniformidad, reconocemos en él el camino de la historia real, de la que solo fugaces destellos llegan hasta los textos de enseñanza; no es el camino de la utopía.

Utopía es querer fabricar una sociedad desde posiciones de gobierno, utilizando a los hombres como materia prima a fuerza de leyes aplicadas por la violencia.⁶

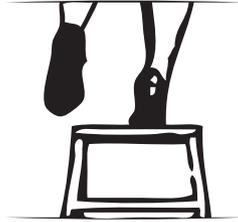
Hecho el balance de estos últimos años, encontramos, pues, un proceso totalitario en pleno desarrollo, que resuelve provisoriamente el problema social transformando las clases en castas, burocratizando el privilegio, militarizando la vida de las masas, centralizando enormemente el poder, monopolizando la iniciativa, eliminando al individuo como fuerza creadora, negando, en una palabra, al hombre.

Contra la amenaza totalitaria contamos casi exclusivamente con el deseo, la sed que grandes multitudes tienen de socialismo, como medio de liberación. Existe el enorme peligro de que estos deseos de construcción socialista sean canalizados (y en parte ya lo han sido) dentro del proceso totalitario. La única esperanza —la esperanza que el más pesimista de nosotros conserva mientras sienta en sí o a su alrededor fuerzas que luchan— está en dar al mundo otros ejemplos como el

⁶ El concepto mismo de ley, aplicado a los seres humanos está hoy en crisis, ya sea que se lo tome en sentido jurídico, o que se dé a la palabra un sentido científico en el ámbito de las disciplinas que estudian al hombre. En esta época de extrema mecanización material nuestra visión de la vida se ha hecho más realista; la única realidad verdaderamente concreta es el individuo, la única fuerza concreta su fuerza física y espiritual. Así las leyes históricas, económicas, fonéticas, que parecían gobernar la evolución de las instituciones humanas, de la producción y el consumo, o de las lenguas, se reducen a simples indicaciones estadísticas y ayudan a hacer cálculos de probabilidades, que pueden ser contradichos en cualquier momento por imprevisibles intervenciones, no del factor hombre en abstracto, sino de determinados hombres en concreto, muchos o pocos, débiles o poderosos. Si hemos de ser lógicos, trasladando este mismo criterio al terreno jurídico, debemos volver desde la teoría jacobina de la omnipotencia de la ley establecida por una pretendida mayoría, hacia la liberal del máximo respeto por los derechos del individuo.

español, esta en creaciones socialistas libres y coordinadas, que disipen el ícubo de la inevitabilidad de la policía secreta, del balazo en la nuca, de los campos de concentración y de la esclavitud.

La Biblioteca Anarquista
Anti-Copyright
27 de junio de 2014



Luce Fabbri
El camino: Hacia un socialismo sin Estado
1952

Recuperado el 20 de junio de 2014 desde **portaloaca.com**